

843  
M.  
PQ2349  
M38

*Esta obra es propiedad de la Casa  
Editorial Maucci, de Barcelona.*

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona,

## La señorita Perla

### I

Verdaderamente, no sé qué idea singular tuve aquella noche de escoger por reina á la señorita Perla.

Todos los años voy á celebrar el día de Reyes á casa de mi antiguo amigo Chantal. Mi padre, de quien era el más íntimo camarada, me llevaba á ella cuando era niño. Yo he continuado yendo, y continuaré sin duda mientras viva y mientras haya un Chantal en este mundo.

Por otra parte, los Chantal hacen una vida singular; viven en París como si habitasen en Grasse, Yvetot ó Pont-a-Mousson.

Poseen cerca del Observatorio una casa con su jardinito. Están en su casa como en provincias. De París, del verdadero París, no conocen nada, no sospechan nada; ¡están tan lejos, tan lejos! Algunas veces, sin embargo, hacen un viaje, un largo viaje á París. La señora Chantal va á hacer las grandes provisiones, como dicen en la familia. He aquí cómo.

La señorita Perla, que tiene las llaves de la despensa (pues los armarios de la ropa son administrados por la misma dueña), avisa que el azúcar toca á su fin, que las conservas se han acabado y que no queda gran cosa en el fondo del saco de café.

Puestos de este modo en guardia contra el hambre, la señora Chantal pasa revista á lo demás, tomando notas en un cuaderno. Después, cuando ha suscrito muchos números, se entrega primero á largos cálculos y después á no menos largas discusiones con la señorita Perla. Acaban, sin embargo, por ponerse de acuerdo y por fijar las cantidades de cada cosa de lo que se proveerán para tres meses: azúcar, arroz, ciruelas, pasas, café, confituras, latas de guisantes, de melocotón y de cangrejos, pescado salado ó ahumado, etc., etc.

Después de lo cual, fijan el día de las compras y se van en coche, en un coche con vaca, á casa de un tendero de comestibles al por mayor que vive al otro lado del puente, en los barrios nuevos.

La señora Chantal y la señorita Perla hacen este viaje juntas, misteriosamente, y regresan á la hora de la comida extenuadas, emocionadas aun y traqueteadas por el coche, cuyo techo vuelve cubierto de paquetes y de sacos, como un carro de mudanza.

Para los Chantal, toda la parte de París situada al otro lado del Sena, constituye los barrios nuevos, barrios habitados por una población extraña, bullanguera, poco honrada, que pasa los días en disipaciones y las noches en fiestas y que tira el dinero por la ventana. Sin embargo, de vez en cuando, llevan á

las muchachas al teatro, á la Opera Cómica ó al Francés, cuando la obra ha sido recomendada por el periódico que lee el señor Chantal.

Las hijas tienen hoy diecinueve y diecisiete años; son dos preciosas muchachas, altas y frescas, muy bien educadas, demasiado bien educadas, tan bien educadas, que pasan desapercibidas como dos muñecas. Jamás se me ocurrió la idea de hacer la corte á las señoritas Chantal, pues las creo tan immaculadas que apenas si me atrevo á hablarles y casi teme uno ser inconveniente saludándolas.

Respecto al padre, es un hombre delicioso, instruido, muy franco, muy afectuoso, pero que gusta ante todo del reposo, de la calma, de la paz y que ha contribuido mucho á momificar á su familia para vivir á su gusto, en cierta inmovilidad. Lee mucho, es muy sociable y se enternece fácilmente. La ausencia de contactos, de roces y de choques ha vuelto muy sensible y delicada su epidermis moral. La menor cosa le conmueve, le inquieta y le hace sufrir.

Esto no obstante, los Chantal tienen relaciones, pero relaciones restringidas, escogidas cuidadosamente entre sus vecinos, y cambian también dos ó tres visitas al año con parientes que viven lejos.

Respecto á mí, voy á comer á su casa el 15 de agosto y el día de Reyes, y esto constituye para mí una especie de deber, como para los católicos el comulgar por Pascua florida.

El 15 de agosto invitan á algunos amigos; pero el día de Reyes soy yo el único invitado.

Aquel año, pues, como los demás, fui á casa de los Chantal para celebrar la Epifanía.

Según costumbre, abracé al señor y á la señora Chantal, y á la señorita Perla, é hice un reverente saludo á las señoritas Luisa y Paulina. Me interrogaron acerca de mil cosas, de los acontecimientos del bulevar, de política, de lo que pensaba el público de los asuntos del Tonkin y de nuestros representantes. La señora Chantal, una dama gruesa cuyas ideas me hacen el efecto de que son cuadradas como los sillares de piedra, acostumbraba á soltar esta frase como remate de toda discusión política: "Todo eso es mala semilla para lo futuro." ¿Por qué me he imaginado yo siempre que las ideas de la señora de Chantal son cuadradas? No lo sé; pero todo lo que dice toma para mí esta forma: un cuadrado, un gran cuadrado con cuatro ángulos simétricos. Hay otras personas cuyas ideas me parecen siempre redondas y circulares como aros, porque desde que empiezan

una frase acerca de algo, aquello rueda, aquello marcha solo, saliendo diez, veinte, cincuenta ideas redondas, entre grandes y pequeñas, que yo veo correr una tras otra hasta el último límite del horizonte. Hay también personas que tienen ideas puntiagudas. Pero, en fin, dejemos esto aparte.

Nos sentamos á la mesa como siempre, y acabó la comida sin que se hubiese dicho nada de particular.

A los postres, se sirvió el pastel de los Reyes. Pues bien; ocurría todos los años que siempre resultaba rey el señor Chantal. ¿Era esto efecto de una casualidad continua ó de un pacto familiar? No lo sé; pero es lo cierto que siempre encontraba infaliblemente el haba en su parte de pastel y proclamaba reina á la señora Chantal. Por eso me quedé estupefacto al sentir en la boca algo duro que estuvo á punto de romperme una muela. Me saqué cuidadosamente de la boca aquel cuerpo extraño y vi una muñequita de porcelana que no era de mayor tamaño que una judía. La sorpresa me hizo exclamar: "¡Ah!, y entonces todo el mundo me miró y Chantal exclamó aplaudiendo: ¡Es Gastón! ¡es Gastón! ¡Viva el rey! ¡viva el rey! Todo el mundo repitió á coro: "¡Viva el rey!". Y yo me sentí ruborizado como se ruboriza uno á veces sin razón en las situaciones algo embarazosas. Permanecía con los ojos bajos, teniendo entre los dedos aquel grano de porcelana, esforzándome por reir y no sabiendo qué hacer ni qué decir, cuando Chantal exclamó: "Ahora tiene usted que escoger una reina." Entonces me quedé aterrado. En un segundo, mil pensamientos, mil hi-

pótesis cruzaron por mi mente. ¿Querían hacerme designar á una de las señoritas Chantal? ¿Era este un medio de hacerme declarar la que quería? ¿Era una nueva, ligera é insensible insinuación para un posible matrimonio? La idea del matrimonio impera constantemente en todas las casas donde hay jóvenes casaderas, toma todas las formas, todos los disfraces y todos los recursos. Un miedo atroz de comprometerme se apoderó de mí, y al mismo tiempo, una extremada timidez ante la actitud obstinadamente correcta de las señoritas Luisa y Paulina. Elegir á una de ellas en menosprecio de la otra, me pareció tan difícil como escoger entre dos gotas de agua; y luego el temor de aventurarme en un negocio que me llevaría al matrimonio á pesar mío, muy suavemente, por procedimientos tan discretos, tan disimulados y tan suaves como resultaba aquel insignificante reinado, me turbaba horriblemente.

Pero de pronto tuve una inspiración, y ofrecí á la señorita Perla la simbólica muñeca. Al principio, todo el mundo se sorprendió; pero luego se apreció sin duda, mi delicadeza y mi discreción, porque todo el mundo aplaudió con entusiasmo:

—¡Viva la reina! ¡viva la reina!—gritaban todos.

Respecto á ésta, la pobre solterona perdió por completo la serenidad, temblaba de emoción y balbuceaba:

—¡No, no, se lo ruego... á mí no... por Dios!

Entonces, por primera vez en mi vida, miré á la señorita Perla y me pregunté lo que era.

Estaba acostumbrado á verla en aquella casa

como se ven los sofás antiguos en los que se sienta uno desde su infancia sin haber fijado nunca la atención en ellos, hasta que llegó un día en que, sin saber por qué, un rayo de sol ilumina el asiento, se dice uno de pronto: "¡Caramba, pues si es muy curioso este mueble!", y entonces advierte uno que la madera ha sido trabajada por manos de artista y en que la tela que lo adorna es muy notable. Nunca me había fijado en la señorita Perla.

Formaba parte de la familia Chantal, y esto era todo; pero ¿cómo? ¿con qué título? Era una muchacha alta y delgada que se esforzaba por pasar inadvertida, pero que no dejaba de ser interesante. La trataban amistosamente, mejor que á una doncella, pero peor que á una pariente. Aquel día noté una porción de circunstancias que habían pasado ignoradas hasta entonces. La señora Chantal le decía "Perla", las jóvenes "señorita Perla", y Chantal sólo la llamaba "señorita", con tono tal vez más respetuoso.

Me puse á mirarla. ¿Qué edad tenía? ¿Cuarenta años? Sí, cuarenta años. Aquella mujer no era vieja, pero estaba envejecida, y esta circunstancia llamó de pronto mi atención. Se peinaba, vestía y adornaba ridículamente, y á pesar de esto, tenía una gracia tan sencilla y natural, tan velada y oculta, que no resultaba ridícula. ¡Qué criatura más graciosa! ¿Cómo no me había fijado en ella mejor? Se peinaba de una manera grotesca, con ricitos sumamente raros, y bajo aquella cabellera de virgen conservada se veía una frente serena surcada por dos profundas

arrugas, dos arrugas de largas tristezas, y luego dos ojos azules, grandes y cariñosos y tan tímidos, tan humildes, dos ojos hermosos llenos de inocentes asombros, de frescas sensaciones y también de pesares que habían sido sentidos por dentro sin lograr turbar sus miradas.

Todo su rostro era fino y discreto, una de esas caras que se han marchitado sin haber sido gastadas ó ajadas por las fatigas ó las grandes emociones de la vida.

¡Qué boca tan linda! ¡Y qué bonitos dientes! Pero se hubiese dicho que no se atrevía á sonreír.

Y bruscamente la comparé con la señora Chantal. A decir verdad, la señorita Perla era mejor, cien veces mejor, más fina, más noble, más arrogante. Yo estaba embobado en mis observaciones. Se servía el champagne, y ofrecí mi copa á la reina. Noté que sintió deseos de taparse la cara con la servilleta y cuando aproximaba sus labios á la copa, todo el mundo gritó: "¡La reina bebel! ¡la reina bebel!" y entonces la señorita Perla se puso roja como la grana y toda sofocada. La familia se reía; pero yo ví perfectamente que no la querían mucho en la casa.

## III

Acabada la comida, Chantal me dió el brazo. Era la hora de su cigarro, la hora sagrada. Cuando estaba solo iba á fumarlo á la calle; pero cuando tenía alguien á comer se subía al salón de billar, donde se fumaba y se jugaba al mismo tiempo. Aquella noche hasta se había encendido fuego en el salón con motivo de los Reyes, y mi antiguo amigo tomó su taco, un taco muy fino al que dió cuidadosamente tiza y me dijo:

—Vamos, empieza, hijo mío.

Aunque yo tenía veinticinco años, Chantal me tuteaba porque me conocía desde niño.

Empecé, pues, la partida; hice algunas carambolas, erré otras y como no podía apartar de mi mente el recuerdo de la señorita Perla, pregunté de pronto:

—Diga usted, señor Chantal; ¿es parienta de ustedes la señorita Perla?

Mi amigo dejó de jugar muy asombrado y me miró.

—¿Cómo? ¿no sabes, no conoces la historia de la señorita Perla?

—No.

—¿No te la ha contado nunca tu padre?

—No.

—¡Toma! ¡toma! ¡pues es raro! ¡Oh! es toda una novela.

Guardó silencio un instante y después agregó:

—Y si supieses qué extraño es que me preguntes eso hoy, siendo día de Reyes.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? Escucha. Hoy, día de la Epifanía, hace cuarenta y un años justos. Habítamos entonces en Rouy-le-Tours, en las murallas; pero primero es preciso que te describa la casa para que lo comprendas bien. Rouy está construido sobre una costa, ó mejor dicho, sobre un promontorio que domina una gran extensión de praderas. Teníamos allí una casa con un hermoso jardín situado sobre una terraza apoyada en las antiguas murallas. De modo que la casa estaba en la población, en la calle, mientras que el jardín dominaba la llanura. Tenía también el jardín una especie de salida al campo al extremo de una escalera secreta que descendía por el interior de las murallas, una de esas escaleras como las que se describen á veces en las novelas. Por delante de aquella puerta, que estaba provista de una gran campana, pues los aldeanos entraban por ella á entregar las provisiones para evitarse un rodeo; pasaba una carretera.

Ya sabes los lugares ¿verdad? Ahora bien; aquel

año, por Reyes, nevaba hacía una semana. Parecía el fin del mundo. Cuando íbamos á las murallas á contemplar la llanura, el espectáculo de aquel paisaje blanco, completamente blanco, helado y que relucía como el barniz, nos hacía sentir el frío en el alma. Cualquiera hubiese dicho que Dios había empaquetado la tierra para enviarla á la buhardilla de los mundos viejos. Te aseguro que aquello era muy triste.

En aquella época vivíamos en familia, y en familia numerosa, numerosísima: mi padre, mi madre, mi tío, mi tía, mis dos hermanos y mis cuatro primas, bonitas muchachas, con la última de las cuales me casé. De toda aquella gente no vivimos más que tres: mi mujer, yo y mi cuñada, que reside en Marsella. ¡Mecachis! ¡cómo desaparecen las familias! Me hace estremecer el pensar en ello. Yo, que tengo hoy cuarenta y seis años, tenía entonces quince.

Ibamos, pues, á celebrar la fiesta de los Reyes y estábamos muy alegres, mucho. Todo el mundo esperaba la comida en la sala, cuando mi hermano mayor Santiago se echó á reír, diciendo: "Hay un perro que aulla en la llanura desde hace diez minutos. Debe de ser algún pobre animal perdido."

—Aun no había acabado de hablar cuando sonó la campana, una gran campana del jardín, de iglesia, cuyo sonido hacía pensar en los muertos. Todo el mundo tembló. Mi padre llamó al criado y le encargó que fuese á ver quién llamaba. Esperamos en silencioso vuelta, pues todos pensábamos en la nieve que cubría la tierra. Cuando el criado volvió dijo

que no había visto á nadie. El perro seguía aullando sin cesar y su aullido no cambiaba de sitio.

Nos sentamos á la mesa algo conmovidos, sobre todo los jóvenes.

La comida siguió sin novedad hasta el asado, en que la campana volvió á sonar tres veces seguidas.

Oyéronse tres campanillazos seguidos y prolongados que nos hicieron estremecer y nos cortaron el aliento. Nos mirábamos todos con los tenedores suspendidos en el aire, prestando atención y sobrecogidos por una especie de miedo sobrenatural.

—Es muy extraño que hayan esperado tanto tiempo para volver á llamar—dijo al fin mi madre.—No vaya usted solo, Bautista, que le acompañe uno de estos señores.

Se levantó mi tío Francisco que era una especie de Hércules, muy orgulloso de su fuerza y de su valor, y mi padre le dijo:

—Toma una escopeta, porque no sabemos quién será.

Pero mi tío se limitó á coger un bastón y salió seguido del criado.

Nosotros permanecimos llenos de terror y de angustia sin comer y sin hablar, hasta que mi padre nos dijo para tranquilizarnos:

—Vais á ver como es algún mendigo ó algún transeunte perdido en la nieve. Después de haber llamado la primera vez, viendo que no le abrían en seguida, ha intentado buscar el camino, y como no lo ha encontrado, ha vuelto á la puerta.

La ausencia de mi tío nos pareció que duraba una hora, hasta que al fin se presentó furioso, jurando:

—¡Por vida del... Nada, será algún chusco, no se ve á nadie más que á ese maldito perro que aulla á cien metros de las murallas. Si me hubiera llevado la escopeta, lo habría matado para hacerlo callar.

Se reanudó la comida; pero todo el mundo estaba inquieto, como si se comprendiese que aquello no había acabado, que iba á ocurrir algo y que la campana no tardaría en sonar.

En efecto, la campana sonó otra vez en el momento preciso en que se cortaba el pastel de los Reyes. Todos los hombres se levantaron á la vez. Mi tío Francisco, que había bebido champaña, afirmó con tanta furia que iba á matar á quien fuese, que mi madre y mi tía se arrojaron á él para impedirselo. Mi padre, aunque tranquilo y un poco impedido, pues arrastraba una pierna rota de una caída de su caballo, declaró á su vez que quería saber lo que era aquello y que saldría.

Mis hermanos, de dieciocho y veinte años, corrieron á buscar sus escopetas, y como yo viese que no hacían gran caso de mí, me apoderé de un fusil que había en el jardín y me dispuse á acompañar á la expedición, la cual se puso en marcha en seguida.

Mi padre y mi tío iban delante con Bautista, que llevaba una linterna; les seguían mis hermanos Santiago y Pablo, y yo iba detrás á pesar de las súplicas de mi madre, que se quedó con su hermana y con mis primas en el umbral de la puerta.

Hacia una hora que había empezado á nevar de nuevo, y los árboles estaban cargados de nieve. Los abetos se encorvaban bajo el peso de aquel lívido ropaje, semejantes á pirámides blancas, á enormes pilones de azúcar, y á través de la cortina gris de los menudos y copiosos copos, apenas se percibían los arbustos más pequeños, pálidos en medio de las sombras de la noche. Caía la nieve tan espesa, que apenas si se veía á diez pasos de distancia, pero la linterna despedía un gran resplandor. A decir verdad, cuando empezamos á bajar por la escalera de caracol del interior de la muralla, tuve miedo, me pareció que alguien me seguía, que iban á cogermé por detrás, y sentí deseos de retroceder, pero como había que atravesar todo el jardín, no me atreví.

Oí que abrían la puerta que daba á la llanura y que mi tío empezaba á jurar diciendo:

—¡Por diez mil de á caballo! Ya se ha vuelto á marchar. Si veo su sombra siquiera, la abraso.

Resultaba verdaderamente siniestro el espectáculo de la llanura, extendiéndose ante nuestra vista que sólo percibía un velo de nieve sin fin, arriba, abajo, enfrente, á derecha, á izquierda, por todas partes.

Mi tío agregó:

—Mira, ya vuelve á estar allí el perro que aulla. Ahora voy á enseñarle yo como apunto. Al menos me dará este gusto.

Pero mi padre, que era bueno, repuso:

—Vale más recoger á ese pobre animal que se

queja de hambre. El pobrecillo pide socorro, llama como una persona apurada.

Y nos pusimos en marcha á través de aquella cortina, á través de aquella lluvia espesa, continua, de aquel polvillo que llenaba la noche y el ambiente, que se movía, que flotaba, caía y helaba la carne al fundirse, la helaba como la hubiese abrasado, produciendo un agudo dolor en la piel cada vez que un copo tocaba nuestras carnes.

Nos hundíamos hasta las rodillas en aquella pasta blanda y fría y teníamos que levantar mucho las piernas para poder andar. A medida que avanzábamos, el ladrido del perro se hacía más claro y más fuerte. Por fin mi tío gritó:

—¡Allí está!

Y todos se detuvieron para observar, como se hace ante el enemigo á quien se encuentra en medio de la noche.

Yo, que no veía nada, me uní á los demás y entonces pude verle. Resultaba espantoso y fantástico el espectáculo de aquel perro, un perrazo negro, un perro de pastor con mucho pelo y cabeza de lobo, plantado sobre sus cuatro patas al extremo de la prolongada ráfaga de luz que despedía la linterna sobre la nieve. El animal no se movía, se había callado y nos miraba.

—¡Es extraño!—dijo mi tío.—Ni avanza ni retrocede. Ganas me dan de soltarle un tiro.

—No, vamos á cogerlo—repuso mi padre con voz firme.

Entonces mi hermano Santiago añadió:



— Pero si no está solo, si hay algo detrás de él.

En efecto, había algo detrás del perro, algo gris imposible de divisar, y nos pusimos en marcha con precaución.

Al ver que nos acercábamos, el perro se sentó sobre sus patas traseras. No tenía trazas de ser malo, antes al contrario, parecía contento de haber logrado llevar gente á su lado. Mi padre se fué directamente hacia él y le acarició, el perro le lamíó las manos, y entonces pudimos ver que estaba atado á la rueda de un carrito de niños, de una especie de cochecito tapado por completo con tres ó cuatro cobertores de lana. Quitamos aquellas ropas con cuidado, y cuando Bautista aproximó la linterna al cochecillo, vimos dentro de él un niño que dormía.

Quedamos tan asombrados, que no pudimos decir palabra. Mi padre fué el primero en reponerse, y como era hombre de corazón y de alma un poco exaltada, extendió la mano sobre el carricoche y dijo:

— ¡Pobre criatura abandonada, serás de los nuestros!

Y mandó á mi hermano Santiago que tirase del cochecillo delante de nosotros.

— Algún hijo del amor cuya madre ha venido á llamar á mi puerta en esta noche de la Epifanía en recuerdo del niño Dios—agregó mi padre pensando en voz alta.

Dicho esto, se detuvo de nuevo, y con toda la fuerza de sus pulmones gritó cuatro veces, poniéndose de cara á los cuatro puntos cardinales:

— ¡Le hemos recogido!

Después, poniendo la mano sobre el hombro de su hermano, murmuró:

— ¡Si hubieses disparado contra el perro, Francisco!

Mi tío no respondió, pero se santiguó en silencio, pues era religioso á pesar de sus fanfarronadas.

Se desató el perro y el animal nos seguía.

¡Ah! pero lo que fué hermoso, lo que fué verdaderamente digno de verse, fué nuestra entrada en la casa. En un principio, costó algún trabajo subir el cochecillo por la escalera de la muralla, y una vez logrado, le hicimos rodar hasta el vestibulo.

¡Qué contenta, qué emocionada y qué asombrada estaba mamá! Mis cuatro primitas (la más joven tenía seis años) parecían cuatro pollas en torno de un nido. Por fin, se sacó del coche al angelito, que seguía durmiendo. Era una niña de unas seis semanas próximamente. Entre sus pañales se encontraron diez mil francos en oro, sí, diez mil francos, que papá colocó convenientemente para constituirle una dote. No era, pues, hija de pobres... sino tal vez hija de un noble habida con alguna aldeana de la villa, ó ¿quién sabe?... Hemos hecho mil hipótesis sin haber sabido nunca nada, absolutamente nada. Ni el perro, que era extraño en el país, fué reconocido por nadie. En todo caso, la persona que había ido á llamar tres veces á nuestra puerta conocía bien á mis padres para haberles escogido de aquel modo.

He aquí, pues, cómo entró la señorita Perla, á las seis semanas de edad, en la casa de los señores

Chantal. Por lo demás, no la llamamos señorita Perla hasta más tarde. Primero fué bautizada con los nombres de María Simona Clara, debiendo llevar el de Clara como nombre de pila.

Le aseguro á usted que fué una entrada verdaderamente original la entrada en el comedor con aquel cominito despierto que miraba en torno á aquellas gentes y aquellas luces con sus ojitos azules y asombrados. Nos sentamos de nuevo á la mesa, se partió el pastel, me tocó á mí ser rey, y, como acaba usted de hacer, nombré reina á la señorita Perla, sin que ella sospechase siquiera el honor que yo la hacía.

La niña fué, pues, adoptada y educada por la familia y creció con los años. Era linda, cariñosa, obediente, todo el mundo la quería y la hubieron echado á perder con tantos mimos á no haberlo impedido mi madre.

Mi madre, que era una mujer de orden, de autoridad y de jerarquías, consintió en tratar á Clarita como á sus propios hijos; pero tenía un interés especial en que su situación estuviese definida y de que se notase bien la distancia que de ella nos separaba.

Así es que tan pronto como la niña tuvo conocimiento, le contó su historia y le hizo ver con suavidad y dulzura que era para los Chantal una hija adoptiva, recogida, pero una extraña al fin.

Clara comprendió su situación con una inteligencia tan singular y con un instinto tan admirable, que supo ocupar el puesto que se le había cedido con

un tacto, una gracia y una delicadeza que conmovía á mi padre hasta el punto de hacerle llorar en ocasiones.

Mi misma madre se emocionó de tal modo ante el apasionado agradecimiento y la tímida abnegación de aquella linda y tierna criatura, que adquirió la costumbre de llamarla "hija mía.". A veces, cuando la pequeña hacía alguna acción buena y delicada, mi madre se levantaba las gafas sobre la frente, lo cual indicaba siempre en ella una profunda emoción, repetía:

—Esta niña es una perla, una verdadera perla.

Desde entonces le quedó á Clarita este nombre y pasó á ser y siguió siendo siempre para nosotros la señorita Perla.

IV

El señor Chantal guardó silencio. Estaba sentado en la mesa de billar con los pies en el aire y maneaba una bola con la mano izquierda, mientras que con la derecha arrugaba un trapo que servía para borrar los tantos que se apuntaban en la pizarra y que llamábamos el trapo de la tiza. Un poco encendido, con voz sorda, hablaba para sí en aquellos momentos abismado en sus recuerdos, yendo suavemente, á través de los casos pasados, de los antiguos acontecimientos que se despertaban en su mente, caminando, á través de sus pensamientos como se camina por los jardines de la casa solariega donde uno se ha educado y donde cada árbol, cada senda, cada planta, los puntiagudos acebos, los olorosos laureles y los tejos cuyos granos rojos y gruesos se deshacen entre los dedos, hacen surgir á cada paso un hecho de nuestra vida pasada, uno de esos hechos insignificantes y deliciosos que constituyen el fondo, la trama misma de nuestra existencia.

Yo permanecía enfrente de él recostado contra la pared y con las manos apoyadas en el taco.

—¡Demonio! ¡y qué guapa, qué graciosa era á los dieciocho años!—agregó al cabo de un minuto.— ¡Ah! ¡qué muchacha más bonita, más buena, más encantadora! Tenía unos ojos azules, claros y transparentes como no los he visto nunca... nunca.

Chantal guardó silencio y entonces yo le pregunté:

—¿Cómo es que no se ha casado?

—¿Cómo?—me respondió.—¿Por qué? porque no ha querido... no ha querido; tenía treinta mil francos de dote y fué pedida varias veces... pero no quiso... Estaba muy triste en aquella época. Me refiero á la época en que me casé yo con mi prima, con Carlota, mi mujer, á quien estaba prometido hacía seis años.

Yo miraba al señor Chantal y me parecía que leía en su espíritu, que penetraba de pronto en uno de esos ocultos y crueles dramas de los corazones honrados, rectos y generosos, en uno de esos corazones ignorados, inexplorados, que no han sido conocidos por nadie, ni aun por aquellos que son sus mudas y resignadas víctimas.

Y como me moviera una aguda curiosidad, le dije:

—Usted debió casarse con ella, señor Chantal.

Mi amigo tembló, me miró y me dijo:

—¡Yo! ¿casarme con quién?

—Con la señorita Perla.

—¿Por qué?

—Porque la quería usted más que á su prima.

Chantal fijó en mí sus ojos de una manera extraña y balbució:

—¡Que yo la he amado! ¡Cómo! ¿quién se lo ha dicho á usted?

—¡Carambal nadie, pero se ve á la legua. Y precisamente por eso es por lo que tardó tanto tiempo en casarse con su prima, que le esperaba hacia seis años.

Chantal soltó la bola que tenía en la mano izquierda, cogió con las dos el trapo de limpiar la pizarra y llevándose lo á la cara empezó á sollozar. Lloraba de un modo raro y ridículo, como llora una esponja que se oprime, lloraba por los ojos, por la boca y por la nariz al mismo tiempo. Y tosía, escupía, se sonaba con el trapo, se enjugaba los ojos, estornudaba y volvía á llorar por todas las aberturas de su cara con un ruido de garganta que imitaba las gárgaras.

Yo, turbado, avergonzado, sentía deseos de marcharme y no sabía qué decir, qué hacer ni qué partido tomar.

De pronto resonó en la escalera la voz de la señora Chantal que decía:

—¿No han acabado ustedes aun de fumar?

—Sí, señora, ya bajamos — grité abriendo la puerta.

Y luego, corriendo hacia su marido y cogiéndole por los brazos le dije:

— Señor Chantal, amigo Chantal, oiga; su mujer nos llama; de modo que tiene usted que tranquilizarse y bajar en seguida. Vamos, repóngase.

— Sí, sí, — tartamudeó él; — ya voy ¡pobre muchacha! Dígale usted que ya voy, que voy en seguida.

Y empezó á secarse bien la cara con el trapo que hacia dos ó tres años que servía para borrar la tiza, y luego se presentó medio blanco y medio colorado, con la frente, la nariz, las mejillas y la barba enyesadas y los ojos enrojecidos aún por el llanto.

— Le ruego que me dispense — le dije después al oído, tomándole por las manos y conduciéndole hacia su cuarto. — Dispénsame, señor Chantal, que le haya disgustado; pero ya comprenderá que yo no sabía nada.

— Sí, sí, hay momentos difíciles — me dijo estrechándome la mano.

Después metió la cara en la palangana, pero como hecho esto no me pareciese aún que estuviese presentable, se me ocurrió una idea. Viéndole inquieto, mirándose al espejo, le dije:

— Diremos que se le ha metido ceniza del cigarro en el ojo y así podrá llorar cuanto quiera delante de todo el mundo.

Bajó, en efecto, frotándose los ojos con el pañuelo. Todo el mundo se alarmó por este percance y quisieron sacarle del ojo el cuerpo extraño, pero no se halló por ningún lado, comentándose casos semejantes en que había sido preciso llamar al médico.

Yo me había ido al lado de la señorita Perla y la miraba, agujoneado por una ardiente curiosidad; por una curiosidad que se convertía en verdadero sufrimiento. En efecto, comprendí que debía haber sido muy hermosa con sus dulces ojos, tan grandes,

tan tranquilos y tan rasgados, que no parecía sino que no los cerrase nunca como hacen los demás mortales. Su tocado era algo ridículo, un verdadero tocado de solterona que no la favorecía nada, aunque tampoco la hiciese parecer rara.

Me parecía ver en ella, como había visto un instante antes en el alma del señor Chantal y que recorría de un extremo á otro, aquella vida humilde, sencilla y abnegada; pero un deseo me venía á la boca, el deseo de preguntarle, de saber si también ella le había querido, si había soportado como él su largo sufrimiento secreto y agudo que no se ve, que no se sabe, que no se adivina; pero que se presenta por la noche en la soledad de la estancia oscura. La miraba, veía latir su corazón bajo su vestido y me preguntaba si aquella dulce y cándida fisonomía había gemido cada noche sobre la blanda almohada, si había sollozado en medio de la fiebre del caliente lecho.

Y la dije en voz baja, con timidez, como hacen los niños que rompen un juguete para ver lo que tiene dentro:

—Si hubiese usted visto llorar hace un momento al señor Chantal, hubiese sentido pena.

—¡Cómo! ¿lloraba?—me preguntó estremeciéndose.

—¡Oh! sí, lloraba.

—¿Y por qué?—me preguntó dando señales de una gran emoción.

—Por su causa.

—¡Por mi causal

—Sí, me contaba lo mucho que la ha querido y el

mucho trabajo que le costó casarse con su mujer en vez de casarse con usted.

Su cara pálida me pareció que se alargaba, sus tranquilos ojos se cerraron de pronto con tal rapidez que parecían haberse cerrado para siempre y cayó de la silla al suelo muy despacio, suavemente, como cae un chal mal colgado.

—¡Socorro!—grité yo—la señorita Perla se pone enferma.

El señor Chantal y sus hijas acudieron y mientras buscaban agua, una servilleta y vinagre, yo cogí el sombrero y tomé las de Villadiego.

Sali con acelerado paso, el corazón palpitante y el alma llena de remordimientos y de pesares; pero á intervalos me sentía también contento, pues me pareció que había realizado una obra laudable y necesaria.

¿Hice bien? ¿hice mal? me preguntaba. Tenía aquello en el alma como el que tiene una bala en el cuerpo después de cerrada la herida. ¿No serán ahora más felices? Era demasiado tarde para que su tortura se renovase y temprano aun para que pudiesen recordar su amor, su ternura.

¡Y tal vez, alguna noche de la próxima primavera, conmovidos ante un rayo de luna proyectado á sus pies sobre la hierba, á través del ramaje se estrecharan la mano en recuerdo de todo aquel ahogado y cruel sufrimiento, y tal vez también su breve abrazo hará pasar por sus venas ese estremecimiento que no habrán conocido y comunicará á los dos

muertos resucitados en un segundo la rápida y divina sensación de esa embriaguez, de esa locura que da más dicha á los enamorados en un solo estremecimiento que lo que pueden sentir en toda su vida los demás mortales!

EL EREMITA